

Carlos Fuentes

Un poco de vida en común

Víctor Flores Olea

Qué difícil es hablar de los ausentes cuando han estado tan presentes, como Carlos Fuentes, en la mayor parte de la vida. Y qué difícil es siquiera acercarnos a la importancia que tuvo para nosotros, los integrantes de la Generación del Medio Siglo, una presencia tan contundente y luminosa como la de Carlos. Pero con toda la dificultad dolorosa de acercarnos no a una definición, sino apenas a una leve imagen, me quedaría con los dos vocablos anteriores: Carlos Fuentes, personaje contundente y lleno de luz. Contundente porque no se quedaba a la mitad del camino, ya no digamos en su trabajo literario, al que siempre se dedicó obsesiva y apasionadamente, sino tampoco en sus asombros, en sus admiraciones o en sus entusiasmos, o en sus críticas, es decir, en sus aprecio o desprecios. Así lo conocí y así me quedo con él, lo retengo así por ejemplo en su admiración profunda hacia Manuel Pedroso, o hacia Mario de la Cueva, o hacia Luis Buñuel, pero explicando siempre sus entusiasmos y asombros, por ejemplo, argumentando brillantemente la manera en que don Manuel mostraba la esencia del poder político y de las relaciones sociales a través de la *Comedia humana* de Balzac. O mostrando cómo en el desprecio y hasta en la blasfemia se revelaba la profunda religiosidad contradictoria del cineasta.

Pero además a Carlos Fuentes varios de nosotros lo acompañamos en sus correrías que después se convirtieron en obras literarias, en *La región más transparente*, por ejemplo, siguiéndolo en sus vericuetos por la urbe en que se convertía la Ciudad de México, que abandonaba ya sus rastros de dominio rural para entrar en las inmensas complejidades de una capital del Tercer Mundo, acompañándolo en su hallazgo de Ixca Cienfuegos y en su búsqueda de la identidad del mexicano y lo mexicano, tan en boga en la década de los cincuenta ¡ya del

siglo pasado!, en lo que habría que recordar también a los *Hiperiones*, de la que se distingue la obra de Carlos por su audacia e imaginación, en lo cual superó casi siempre a nuestros amigos y contemporáneos los filósofos. Los libros de la época de Carlos Fuentes no hay duda de que intentan atrapar por vía de la literatura a lo mexicano y a los mexicanos, porque éste es también el propósito profundo de *La muerte de Artemio Cruz*, de *Las buenas conciencias*, de *Cambio de piel* y hasta de *Aura* y otras obras que se ubican un poco apresuradamente en la dimensión mágica de ciertas tradiciones europeas pero que siguen siendo profundamente mexicanas, sólo que subrayando aspectos que son obvios para nosotros, la magia y el hechizo, que son también parte integral de nuestras tradiciones y de nuestro ser más escondido, y que le proporcionaron a la obra de Carlos la fuerza que tiene con un añadido delirante que, en más de un aspecto, confirman su factura de manos mexicanas, como los frenéticos alebrijes que se construyen en variedad de tierras mexicanas.

Pero es evidente que los talentos y brillos de Carlos Fuentes en el campo de las letras se cumplían también con sus inimitables ensayos políticos y sociales y hasta filosóficos, que colmaban también la atención del escritor y sus lectores. En aquel tiempo de la vieja Facultad de Derecho de la UNAM, todavía en San Ildefonso, bajo el ala impulsora y protectora de su director Mario de la Cueva, se le dio forma impresa a nuestras primeras inquietudes intelectuales. *Medio Siglo* se llamó la revista en que Javier Wimer, Salvador Elizondo, Rafael Ruiz Harrel, Carlos Fuentes (todos ausentes ya), y felizmente aquí Porfirio Muñoz Ledo, Genaro Vázquez Colmenares y un servidor, y otros amigos de aquella generación, dimos a conocer en letra impresa ciertas primeras ideas académicas o políticas y sociales que resultaban de

nuestras discusiones acaloradas, y que deseábamos proponer a los compañeros de la generación. Por supuesto, algunas veces rota la parsimonia académica, como cuando Carlos Fuentes, ilustrando las limitaciones, equilibrios y rigideces de la Guerra Fría, se preguntó en un artículo que poco tiempo después resultaría una improbable profecía: “¿Qué pasaría si en una isla como Cuba, a sólo 90 millas de Miami, se llevara a cabo una Revolución Socialista y ensanchara sus contactos con el bloque socialista? Prácticamente impensable”, respondía también, “ya que esto alteraría definitivamente los supuestos de equilibrio en que se fundan las relaciones políticas entre las dos superpotencias”.

Atisbos del género no eran infrecuentes en los artículos de Carlos, sobre todo en materia internacional, cosa que atribuimos varios a dos dimensiones de Fuentes: sus conocimientos en política exterior (sus estudios internacionales en Ginebra, y la actividad diplomática de don Rafael Fuentes, acompañada en varias capitales continentales por la familia, incluyendo por supuesto a Carlos), y a su vocación y dimensión literaria que le permitían expresarse con soltura en diversos géneros con preciso conocimiento de causa, al mismo tiempo que echaba a volar una imaginación que después era sometida por el rigor de la inteligencia de Carlos, resultando una combinación muchas veces fascinante.

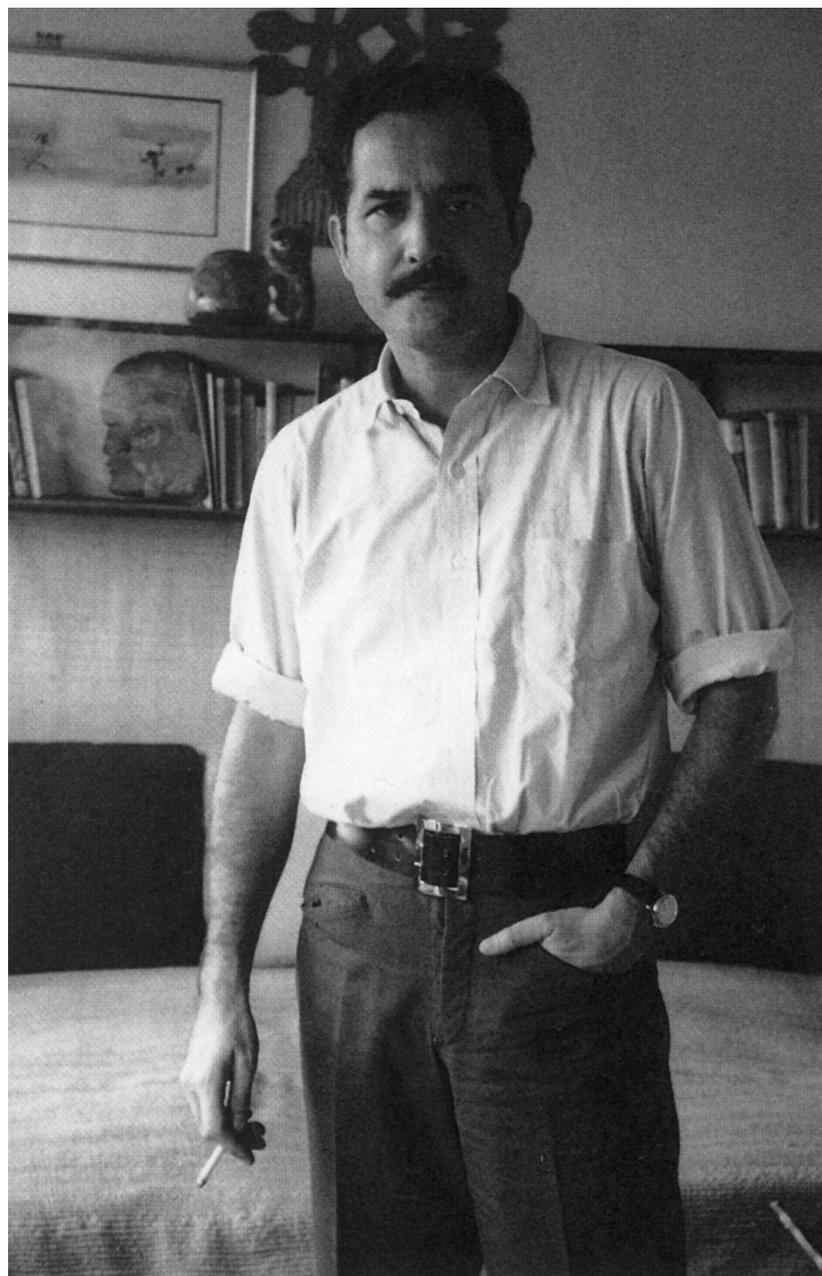
Tales lances aumentaron considerablemente el prestigio de Carlos Fuentes y su influencia generacional, al punto de que su peculiar presencia y preparación resultaron un factor de importancia para que varios de sus compañeros de entonces emprendiéramos el viaje europeo a realizar estudios, esperando así que sería posible servir mejor a la nación al mismo tiempo que la aventura debería obligar a una mejor preparación individual.

Y justamente cuando varios de la generación habíamos regresado de nuestros estudios europeos, junto a otros queridos amigos muy próximos, pensamos en la necesidad de fundar una revista política que por fuerza sería modesta pero con ambiciones de amplia penetración y de educación declaradamente socialista, por supuesto no en la alineación soviética, sino más bien en el de la crítica a la URSS de Stalin, y siguiendo el espíritu y la letra, decididamente demócrata y humanista, de los manuscritos económico-filosóficos de Marx, a los que habíamos dedicado tiempo y esfuerzo algunos del grupo, notoriamente Enrique González Pedrero. Esa revista fue *El Espectador*, que a pesar de su modestia en número de ejemplares tuvo sin duda repercusiones importantes y diría hasta originales y nacionales: fue la primera revista que desde la primera línea de su primer editorial se declaraba sin equívocos como una revista de izquierda, sin filiación partidista y declarando su propósito democrático-socialista, con agudas críticas al cerrado imperio soviético pero también al abierto imperio

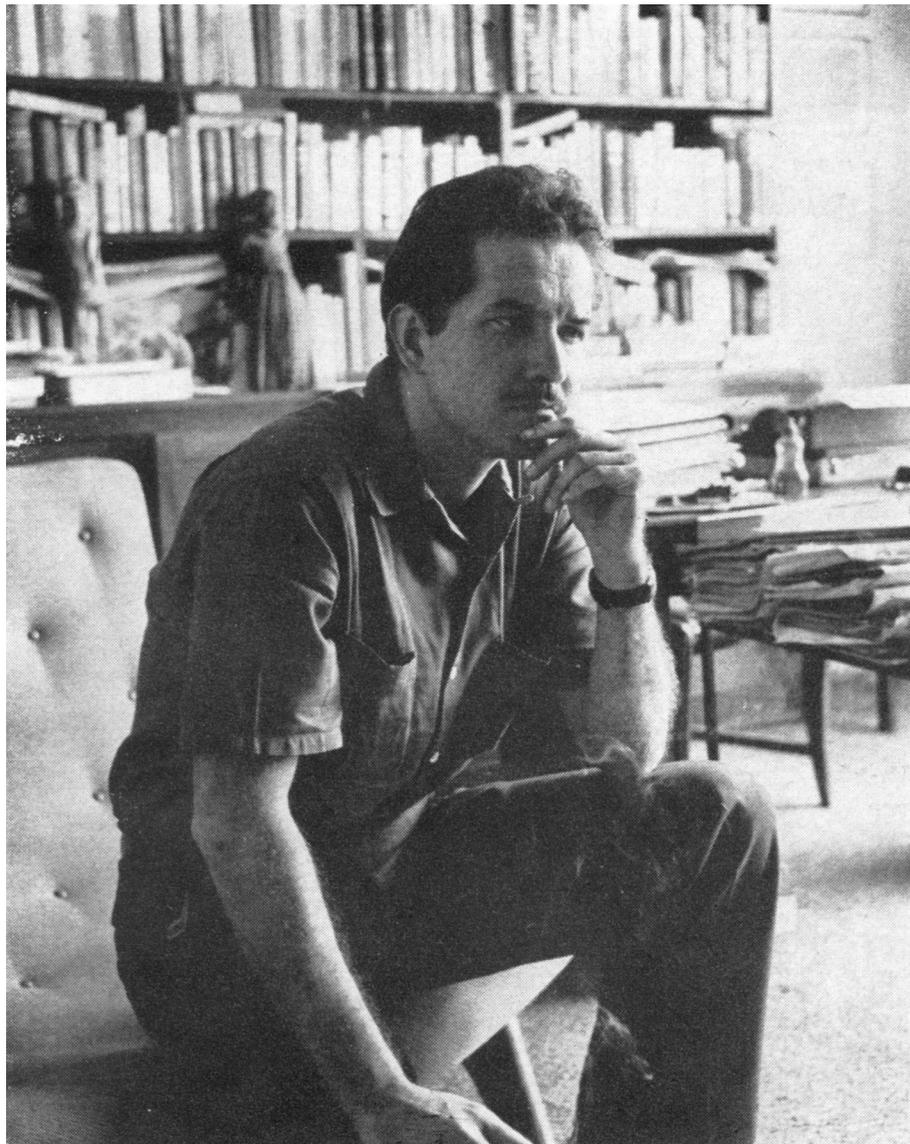
estadounidense y occidental, imperialista y colonialista que había impuesto explotación al llamado Tercer Mundo y al globo una carrera armamentista que llevaba ya a la tierra al borde del colapso, y contra lo cual nos pronunciábamos enérgicamente.

El Consejo Directivo, con rotación mensual de los responsables, estaba integrado por Carlos Fuentes, Jaime García Terrés, Francisco López Cámara, Luis Villoro, Enrique González Pedrero y el que esto escribe. En el plano nacional, nos pronunciábamos sin vacilaciones por una democratización que debía penetrar en todos los ámbitos, los sindicatos y desde luego el PRI, y por una redistribución radical de la riqueza nacional, en la perspectiva de las clases más necesitadas, y por una salud y una educación que fueran las líneas maestras del nuevo país que se quería.

Vale la pena decir que coincidentes en el tiempo en que vio la luz *El Espectador* se produjeron dos hechos mayores, uno de importancia nacional y el otro de im-



Carlos Fuentes en una fotografía de Gisèle Freund, París



Carlos Fuentes en una fotografía de Bernice Kolko

portancia latinoamericana y mundial: primero, la huelga de los ferrocarrileros con Demetrio Vallejo como su líder, en prisión y difamado a niveles inimaginables por los medios de comunicación, y desde luego la Revolución cubana, en contra de la cual se levantaron todos los imperios, grandes y pequeños, inclusive aquellos vernáculos que aplicaron dinero y capacidad publicitaria en atacar a la Revolución y a sus líderes. Con toda la modestia del caso, pero precisamente *El Espectador*, muchas veces con Carlos Fuentes a la cabeza, se enfiló en la defensa de Demetrio Vallejo y de la democracia sindical, y desde luego de la Revolución cubana que, desde aquel momento, la calificó como un acontecimiento histórico latinoamericano y mundial que tendría efectos en el desarrollo político de todos los continentes y particularmente en América Latina.

A esta aventura periodística siguieron otras del grupo siempre con Carlos Fuentes al lado: principalmente en la revista *Siempre!* Y en la revista *Política*, en las que Carlos y varios del *Medio Siglo* seguimos expresando nuestras convicciones políticas, y también una cerrada defensa de la libertad de expresión y del periodismo li-

bre en México, como cuando el asesinato de Rubén Jaramillo por miembros del ejército, en la piedra de los sacrificios de Xochicalco, en Morelos, que fue reportado por varios amigos, incluyendo a Fernando Benítez, a León Roberto García, a Carlos Fuentes y al que esto escribe. No sin consecuencias: “México en la Cultura” de la revista *Siempre!*, de José Pagés Llergo, fue acosada y tuvo que ser ajustada materialmente a las nuevas condiciones del repudio presidencial, no sólo del presidente López Mateos sino de sus testaferros vigilantes de la prensa y la comunicación.

Pero debo terminar ya en este tiempo limitado. No sin antes decir que Carlos Fuentes, en sus análisis políticos nacionales e internacionales, mostró siempre una proclividad clara hacia la izquierda o hacia un socialismo democrático que fue ejemplar enseñanza en aquel tiempo de México de la polarización social, y que nos enseñó a todos la manera de ser contundentes sin dejar de ser ilustrados. Pero termino ya, porque de otra manera me haría merecedor nuevamente al sobrenombre que tantas veces me aplicó Carlos Fuentes llamándome *el ángel exterminador*.